

que conservaba al duque de Anjou y á su posteridad sus derechos al trono de Francia (1). Esto era destruir la condicion bajo la cual era instituido heredero el duque de Anjou, era desmentir la justificacion que el rey habia dirigido á la Inglaterra y á las Provincias Unidas. Decididamente la Europa no podia ya creer en las palabras del rey de Francia. ¿Quién le garantizaba que Luis XIV, dueño de España, de Italia, de los Países Bajos, de las Indias, se detendria en sus invasiones? Más valia la guerra que una paz llena de peligros. De aquí la coalicion general.

N.º 3.—*La coalicion y el equilibrio.*

En la misma carta al gran pensionario en que Guillermo se queja tan amargamente de haber sido víctima de la mala fe de Luis XIV, dice: «Por mi parte, tengo la firme persuasion de que, si se lleva á cabo el testamento, la Inglaterra y la república corren el mayor peligro de verse totalmente perdidas y arruinadas.» Deplora la *increíble ceguedad* de la nacion inglesa, completamente dispuesta á reconocer al duque de Anjou. Invita á la Holanda á mantenerse firme y á tomar la iniciativa de la resistencia: procurará, dice, arrastrar á la guerra á los Ingleses, sin que lo aperciban (2). No puede ponerse en duda la buena fe de Guillermo. Hay en su carta arranques de pasion incompatibles con todo pensamiento de cálculo. Pero ¿no le habrá cegado esta misma pasion acerca de los verdaderos intereses de la Inglaterra y de las Provincias Unidas? Lo cierto es que los hechos han desmentido de una manera notable los temores del gran político. El acontecimiento que tanto temia se ha realizado; un nieto de Luis XIV fué rey de España, y se sostuvo en su trono contra los esfuerzos de la Europa coaligada. Sin embargo, ni la Francia aumentó su poder, ni la libertad y el comercio de los Ingleses sufrieron menoscabo. Más aún. En el siglo XVIII pareció que el pacto de familia de los príncipes de Borbon daba la razon á las previsiones de

(1) *Actas de la paz de Utrecht*, t. II, p. 217.

(2) GRIMBLLOT, *Letters of William III and Louis XIV*, t. II, p. 477.

Guillermo. Sin embargo, aquella alianza íntima de la Francia y de la España no comprometió más que los intereses de la España; el equilibrio europeo no se resintió, y el comercio inglés, lejos de perder, se enriqueció con los tesoros de las Indias. Así lo hace observar un partidario decidido del sistema del equilibrio (1). ¿Deduciremos de aquí que, al concitar Guillermo la Europa contra Luis XIV, combatia una quimera, y que hubiese valido más reconocer al duque de Anjou, como querian los Ingleses?

Los hechos, desmintiendo los temores de Guillermo, ponen de manifiesto la ineficacia del sistema del equilibrio. Dos poderosas monarquías se hallaban, si no reunidas en las mismas manos, al ménos unidas por íntimos vínculos. Cada una de ellas habia amenazado á la Europa con la monarquía universal. ¿Quién no hubiera creído con Guillermo que su union habia de ser el sepulcro de la libertad europea? Sin embargo, en el siglo XVIII la Francia, aunque aliada de España, desempeñó un papel tan poco importante, que apenas figuraba entre las grandes potencias. El equilibrio, que calcula el número de las almas y que mide las leguas cuadradas, para contrapesar las fuerzas de los diversos Estados, es, pues, una quimera. Hay otros elementos de fuerza que no se pesan y que es imposible equilibrar. Por esto las previsiones de los hombres políticos reciben tales desengaños. ¿Quiere esto decir que deba condenarse á Guillermo III y rechazarse la coalicion general que se formó bajo su inspiracion?

Aun cuando el sistema del equilibrio sea falso, tiene algo de verdad, y es, que una dominacion universal, tal como la de Luis XIV, compromete la independenciam de los príncipes y de los pueblos. Si el rey de Francia habia insultado á la Europa con sus cámaras de reunion, si habia hollado á los débiles en la persona del dux de Génova, ¿qué no haria cuando fuese heredero de Francisco I y de Carlos V? Ya se decia que queria unir el Portugal á España, restablecer á los Estuardos en el trono de Inglaterra, agregar las Provincias Unidas á los Países Bajos españoles; se conocia su insaciable ambicion y su desprecio de todo derecho. No habia, pues, límite á sus invasiones. La prudencia más elemental acon-

(1) HEEBEN, *Historische Werke*, t. I, p. 254.

sejaba contener aquel torrente ántes de que fuese tarde. Esta era la opinion universal en el mundo político. Una prueba notable es la obra de *Leti* que apareció en aquella época.

Ya el título es significativo: *La Monarquía universal de Luis XIV*. Ya no se trata de temer la monarquía universal, ya no se trata de impedir que se establezca un poder tan preponderante que los demas Estados no sean más que sus vasallos; el peligro se ha realizado ya. Dirigiéndose á los príncipes, pregunta *Leti* en qué consiste su soberanía. Son libres de tener hermosa corte, de hacer representar comedias en sus palacios, de rodearse de guardias y de cazar. Pero en cuanto á hacer la guerra y la paz segun les convenga, en cuanto á disfrutar con seguridad del poder que les queda, ciertamente no tienen tal soberanía: «Lo digo con verdad, aunque con dolor, añade el publicista italiano; no encuentro en toda Europa más que un soberano, el rey de Francia. En los treinta años que lleva de reinado, ¿se ha atrevido ningun príncipe á declararle la guerra? La España lo ha hecho en 1684, pero excitando la risa de todo el mundo, puesto que no tenía ejército. Luis XIV, por el contrario, ha hecho la guerra á quien ha querido, y cuando ha querido. ¿Qué más se necesita para fundar una monarquía universal, sino poder hacer todo lo que se quiere por medio de amenazas, de la violencia, del dinero ó de las armas? El rey de Francia hace todo lo que quiere, y ¿no dirémos que es monarca universal?» Es preciso, pues, destruir su dominacion, no tanto para conservar la paz de Europa cuanto para recobrarla. Al mismo tiempo que llamaba á las armas á los príncipes, *Leti* procuró contenerlos contra una reaccion excesiva. Quiere que se humille á la casa de Francia, como se ha humillado á la de Austria; pero hay que tener cuidado de no destruir la monarquía francesa; de otro modo, por evitar un mal se caeria en otro; sobre las ruinas de la Francia se levantaria una potencia tal vez más terrible, la del Austria, si llegaba á ser dueña absoluta de Alemania y de Italia.

Leti no era un hombre político. Sin embargo, su obra puede ser considerada como el manifiesto de la coalicion. La emancipacion de la Europa y la humillacion de la Francia; tal es el clamor que se oye en todas partes, en los tratados de alianza, en las de-

claraciones de guerra, en los debates de los parlamentos, en las notas diplomáticas. Se lee en la alianza perpétua celebrada entre Guillermo III, rey de Inglaterra, y los estados generales (1701) que «el rey de Francia, con la herencia de España, ha llegado á ser tan formidable que, segun opinion unánime de todo el mundo, la Europa está en peligro inminente de perder su libertad y de sufrir el duro yugo de una monarquía universal. Para conjurar tan grandes males, se necesita una estrecha alianza de los príncipes y de los potentados» (1). En el último discurso pronunciado por Guillermo en el parlamento, desarrolló el pensamiento que inspiraba la coalicion: «Luis XIV, sentando á su nieto en el trono de España, ha llegado á ser el verdadero dueño de la monarquía española, porque dispone de ella como de sus propios Estados. De esta manera ha cercado á sus vecinos en términos que la paz queda de hecho destruida, áun cuando subsista en apariencia; todos experimentan los males de la guerra, porque no disfrutan de un momento de seguridad, y tienen que vivir constantemente dispuestos á defender su existencia. Inglaterra está en peligro lo mismo que toda la Europa. Su comercio, el interes más importante que tiene en el continente, está amenazado; su seguridad misma y su libertad están comprometidas» (2). Guillermo no pronunció el nombre de los Estuardos; pero estaba en la mente de todos; era más que un temor, era una amenaza. Luis XIV habia tenido por conveniente, en su orgullo de príncipe, dar al hijo de Jacobo el título de rey de Inglaterra. Aquel título podia fácilmente convertirse en una realidad, si el rey de Francia consolidaba su dominacion sobre la Europa. Un ministro de Luis XIV confiesa que aquellos temores levantaron la Inglaterra contra el rey de Francia, y con razon, porque su libertad y su religion peligraban (3). Tal vez los Ingleses no se hubieran asustado por el vago peligro de una monarquía universal; pero se conmovieron ante la idea de que Luis XIV pretendiese imponer-

(1) DUMONT, *Cuerpo diplomático*, t. III, 2, p. 11.

(2) LAMBERTY, *Memorias*, t. II, p. 57.

(3) *Memorias de TORCY*, en PETITOT, t. LXVII, p. 102.

les una familia y un régimen desterrados por la revolución de 1688 (1).

Las Provincias Unidas tenían aún más que temer que la Inglaterra. Al pedir cada año nuevos sacrificios á la república, los estados generales hacían presente que la guerra contra la Francia había de decidir de la libertad ó de la esclavitud de toda la Europa (2). Y ¿quién estaba más amenazado que las Provincias Unidas? Ya Luis XIV pensaba en alcanzar de su nieto la cesion de los Países Bajos españoles, y una vez dueño de parte de la antigua Borgoña, ¿no se consideraría como heredero de los derechos de Carlos V sobre las diez y siete provincias? El peligro era real, y explica la perseverancia de la república por humillar un poder cuyo engrandecimiento era incompatible con su libertad y hasta con su existencia.

La Inglaterra y las Provincias Unidas fueron el alma de la coalición. Los príncipes alemanes no figuran en ella más que como subordinados. El emperador mismo desempeñó en ella un pobre papel, á pesar de que se trataba más particularmente de los intereses de su casa. Pero el interés no alcanza á inspirar el sacrificio. Indudablemente los Ingleses y los Holandeses tenían también su egoísmo, pero buscaban más bien su conservación que su engrandecimiento, y lo que trataban de conservar eran los bienes más preciosos del hombre: la libertad y la religion. Aquellos sentimientos elevaron á la aristocracia inglesa y al comercio holandés por encima de los mezquinos cálculos de los príncipes alemanes, é inspiraron estas bellas palabras al ilustre capitán á quien la coalición debió sus victorias: «Trabajamos, dice *Marlborough*, por la causa de Dios, á fin de que ningún mortal pretenda usurpar la soberanía de la tierra, que está reservada á él» (3).

N.º 4. — *La expiación.*

El 1704 escribe Marlborough que los aliados no trataban más que de defenderse y de atajar los proyectos ambiciosos de la Fran-

(1) FLASSAN, *Historia de la diplomacia francesa*, t. IV, p. 216.

(2) LAMBERTY, *Memorias*, t. II, p. 647.

(3) MARLBOROUGH, *Despatches*, t. III, p. 427.

cia contra la libertad de toda la Europa (1). La coalición no se mantuvo fiel á este propósito. De la misma manera que Luis XIV tenía un deseo inmoderado de engrandecerse, la Inglaterra y las Provincias Unidas se veían impulsadas á las invasiones por las ávidas exigencias del comercio. Cuando se trataba de ensanchar sus relaciones comerciales, hacían tan poco caso del derecho como el rey de Francia.

Se lee en el tratado de alianza entre Inglaterra, las Provincias Unidas y el emperador: «El rey de la Gran Bretaña y los señores estados generales podrán conquistar á fuerza de armas, según lo que hayan convenido entre sí, para utilidad y comodidad de la navegación y del comercio de sus súbditos, los países y las ciudades que los Españoles poseen en las Indias, y todo lo que en ellos puedan tomar, será para ellos y lo conservarán» (2). Hé aquí un nuevo reparto, el más odioso de todos. La guerra contra Luis XIV se emprendía en nombre del derecho violado. Y ¿qué derecho tenían los señores estados generales y el rey de la Gran Bretaña á la América española? Luis XIV podía al menos invocar los vínculos de la sangre, podía invocar el testamento; pero ¿los Ingleses y Holandeses? El interés de su navegación y de su comercio les parecía una razón suficiente para despojar á España. Si se aceptan semejantes motivos, la sociedad de los pueblos no será más que una sociedad de bandidos.

La coalición defendía la causa de la libertad europea contra el peligro inminente de una monarquía universal. Nada más justo. Pero para conseguir este objeto, no hubiera debido olvidar el prudente consejo que *Leti* había dado á la Europa al llamarla á las armas contra Luis XIV; al humillar á la Francia, era preciso cuidar de no levantar sobre sus ruinas una potencia igualmente formidable, la del Austria. Cuando la Inglaterra y las Provincias Unidas celebraron la gran alianza, su preocupación principal era establecer un equilibrio entre los Estados del continente; por consiguiente, no querían la reunión de toda la monarquía de España ni á la Francia ni al Austria. Si la ambición de Luis XIV amena-

(1) MARLBOROUGH, *Despatches*, t. I, p. 494.

(2) LAMBERTY, *Memorias*, t. I, p. 625.

zaba á sus vecinos, no se habia olvidado que en el siglo XVII Fernando II trataba á los príncipes del imperio como vasallos suyos, y que habia sido necesaria una guerra larga y cruel para humillar el orgullo de su casa (1). Fieles á esta idea, Guillermo y los estados generales tuvieron cuidado de no prometer al emperador toda la herencia de Carlos V; se contentaron con hacer constar sus pretensiones, y se comprometieron únicamente á conseguirle una satisfaccion *razonable y equitativa* (2). Pero á medida que triunfaba la coalicion, se inspiró solamente en el ódio del nombre frances. Se recordó que la Francia, mientras habia sido poderosa, habia abusado de su fuerza para hollar el derecho, los tratados, los compromisos mas solemnes; que su rey habia violado constantemente sus juramentos, y que en el momento mismo de prestarlos ya estaba pensando en romperlos. *Se trata de no ser engañados*, exclamaban los aliados, y para esto no hay más que un medio: *La única seguridad que puede darnos la Francia es su impotencia* (3).

Desde este momento la guerra de sucesion cambió de naturaleza; ya no fué la lucha de la libertad europea contra la dominacion de Luis XIV, fué una guerra de pasion y de venganza. Ya en 1703 la reina de Inglaterra y el Parlamento declararon que solamente la restitucion entera de la monarquía de España á la casa de Austria permitiria hacer una paz honrosa y segura. Quitar la sucesion á los Borbones, para trasmitirla al emperador, tal fué el objeto que se propuso la coalicion. Un escritor inglés califica de *insensata* esta política (4). Bajo el punto de vista del derecho, *Bolingbroke* tiene razon. El testamento de Carlos II, aceptado por Luis XIV, habia quitado á la casa de Austria todo derecho sobre la monarquía española; la nacion habia confirmado el acto de su rey derramando su sangre por el duque de Anjou. ¿Con qué derecho venian la Inglaterra y las Provincias Unidas á despojar al legítimo heredero en favor de un príncipe á quien no admitian los

(1) Véase un folleto sobre el *Testamento de Carlos II*, en LAMBERTY, t. XI, p. 398.

(2) LAMBERTY, *Memorias*, t. XI, p. 663.

(3) Véase un folleto titulado *Carta traducida del inglés*, en LAMBERTY, t. VI, p. 31.

(4) BOLINGBROKE, *Cartas sobre la historia*, VIII.

Españoles? Se comprenderia semejante conducta en una guerra de conquista. Pero ¿no censuraba todos los dias la coalicion la incurable ambicion de Luis XIV? ¿No habia tomado las armas para restablecer el imperio del derecho?

En realidad no se hacia ya la guerra por el derecho; el ódio inspiraba á los coaligados. Comprendemos esta ruda pasion en los enemigos de Luis XIV; el gran rey habia desafiado, humillado, insultado á todos los príncipes. Ahora, que el leon estaba aprisionado, disfrutaban del placer de la venganza. Hemos citado las bellas palabras de Marlborough; su conducta no estuvo muy conforme con aquellos nobles sentimientos. Prosiguió la guerra con encarnizamiento, aún despues que Luis XIV, vencido, solicitó la paz; para que los vecinos de Francia tuviesen paz con ella, decia, no conocia más que un medio, que era quitarle sus plazas y destruir sus fuerzas. En vano ofreció Luis XIV condiciones que en otro tiempo hubiera aceptado con gusto la Europa; el general inglés respondió «que no habia seguridad alguna en tratar con un príncipe que no respetaba ningun compromiso» (1). Empezaba la expiacion para el gran rey. Él, que habia sido vencedor insolente, iba á encontrar vencedores más insolentes todavía. La reaccion de la venganza fué excesiva. Preguntábase á lord Somers por qué la Inglaterra prolongaba la guerra, despues de satisfecho el objeto de la guerra; respondió «que habia sido educado en el ódio de la Francia» (2). Cuando la pasion ha llegado á este grado de ceguedad, se pierde por sus propios excesos. Ya no se trataba de debilitar á la Francia, ni aún de humillarla. Marlborough declaró sencillamente á Torcy «que los Ingleses creian que les convenia arruinar á la Francia, y que se encontraban en posicion de hacerlo» (3).

Despojar al nieto de Luis XIV de una herencia á la cual le llamaba la voluntad nacional, no fué bastante á la ambicion de la coalicion. El más exigente de los aliados fué el que menos contribuyó á la victoria. El emperador necesitaba la Alsacia, necesitaba

(1) FLASSAN, *Historia de la diplomacia francesa*, t. IV, p. 271.

(2) BOLINGBROKE, *Cartas sobre la historia*, VIII.

(3) *Memorias de Torcy*, en PETITOT, t. LXVII, p. 264.